



—Espero que seas una buena chica, o te arrepentirás —dijo.

El diablo en la playa

Puntagorda, 21 de junio de 1.758

—Craaaaaaaaark.

—Hola, Carmelo. Voy en el barco de Papá esta noche. Espero que traigamos un montón de pescado.

Sara echó un vistazo alrededor por si su madre estaba mirando. Al verse sola, tomó un trozo de pan de su bocadillo de queso y se lo dio al cuervo. Sara le dio ese nombre por el sacerdote del pueblo, un hombre grandullón que siempre vestía de negro, así que era un buen nombre para un pájaro grande y negro

—En realidad, Mamá y mis hermanas van a casa de la abuela, y dicen que me voy a quejar constantemente de la larga caminata. No me quejaría —no soy un bebé— pero prefiero ir en el barco.

Mientras anochecía, ella y su padre bajaron los doscientos treinta escalones hasta el pequeño puerto, donde el barco de su padre estaba amarrado.

Amado, el hermano mayor de Sara, ya estaba a bordo, y eso resultaba extraño. Desde que se casó, hacía tres meses, siempre llegaba tarde.

—Bienvenido a bordo —dijo Papá.

—Nos dará mala suerte —farfulló Amado. Muchos navegantes pensaban que las mujeres traían mala suerte en cualquier barco.

—Espero que consigamos mucho pescado —dijo Sara. Papá se merecía buena suerte. Además, una buena pesca podría persuadir a Amado para que no le importase tenerla a bordo en un futuro.

—Es el solsticio de verano —dijo Papá—. Eso suele traer buena suerte. Suelta el amarre de popa, Amado.

Y desató el de proa.